



"Los mercaderes de ciudades", por el Teatro del Mediodía.

ello permite burlarse un poco de la ceguera de las gentes "normales", sobre todo si son tan estúpidas como las que aparecen en esta ocasión.

El público acude, visiblemente, por dos razones. Están los que van a "curiosear", a ver "cómo son las locas", y luego están las mismas "locas" o "semilocas", que asisten, tanto en busca de la identificación como para apoyar el reconocimiento escénico de su mundo.

Pero, de verdad, ¿es tan divertido, en términos sociales, el mundo de los homosexuales? ¿De qué represiones y bajezas colectivas no está hecha su comicidad? ■ JOSE MONLEON.

El teatro del mediodía

No hay duda de que en la historia reciente del teatro español el grupo Mediodía —surgido de una escisión de Esperpento, otro grupo sevillano importante— constituye una de las expresiones más serias del teatro andaluz. En Esperpento-Mediodía se ha cultivado una tradición que aunaba los planteamientos políticos con los estéticos, la exigencia de una profesionalidad a la creación de circuitos de proyección popular. Sin apresuramientos, tomándose el tiempo que consideraban necesario, los de Esperpento y, luego, los de Es-

perpento y Mediodía, han ido elaborando —bajo la visible tutela del pensamiento brechtiano, aunque las obras no fueran del autor alemán y las representaciones se ajustaran, en primera lectura, a otros estilos— una serie de espectáculos que forman parte del "cuerpo teatral" de la larga oposición al franquismo.

Esto dicho, y justamente reconocido, hay que preguntarse por qué el trabajo de los grupos sevillanos no ha tenido en Madrid la resonancia necesaria. Ahora, de "Los mercaderes de ciudades", que se representa con muy escasa asistencia de público, podría decirse que la situación sociopolítica española hace ociosa, al menos sobre un escenario como el de la Comedia, la explicación

de un problema —la especulación del suelo, la connivencia entre las inmobiliarias y ciertos sectores de la Administración para destruir los cascos antiguos y sustituirlos por bloques de rascacielos— que el hombre medio conoce perfectamente. Y que ni siquiera tendría cabida, por sabido, en esa media docena de publicaciones que andan hoy en España a la caza del escándalo político.

Eso está claro. Pero, ¿cómo explicar el vacío que, en su día, cuando la censura invitaba, supongo que involuntariamente, a reunirse frente a cualquier espectáculo "ligeramente subversivo", tuvo Esperpento en la sala del TEI?

Algo ha fallado, me parece, en ese discurso teatral sevillano. Y me lo parece —y así lo he manifestado— desde hace bastantes años. Una mezcla de rigidez ideológica y de culturalismo formal ha atenuado numerosos espectáculos —incluso los "supuestamente" más abiertos y populares—, privándolos de esa creatividad humoral, de esa imaginación insegura, sin las cuales ningún espectáculo corre el riesgo de su gratuidad teórica, pero sí el de aburrir profesoral y soberanamente. ¿Y no es esto sorprendente en quienes, como andaluces, hablaron un día de la "estética de lo borde"?

Este tipo de cosas, que antes se decían a medias y siempre con el temor de que fueran mal interpretadas, conviene ahora profundizarlas y asumirlas. Tanto por quienes tienen la responsabilidad de crear o sostener un "teatro de la izquierda" como por los que tenemos la obligación de estimularlo desde la letra impresa. De estimularlo, aceptando la propia parte de error, porque el problema no está en que nadie dé lecciones a nadie, sino en que seamos capaces de confrontar nuestros distintos puntos de vista para crear un discurso cultural que ya no puede ser el del simple antifranquismo...

"Los mercaderes de ciudades" es, en términos puramente teóricos, un excelente trabajo. El dispositivo escénico, las máscaras, los trajes, el movimiento, el ritmo y, en otro orden, la música de Miguel Mata y Paco Aguilera suponen —yo diría que son— las partes impecables del "cuaderno de dirección" de José María Buzón. La disciplina de los actores, su buen nivel técnico, han permitido, en efecto, que todas las previsiones teóricas se llevaran a cabo. El espectáculo es, en éste como en otros sentidos, casi una lección... Y, sin embargo, en términos dramáticos, ¡qué vacío resulta las más de las veces! ¡qué contraste entre la sencillez del tema y el énfasis de su exposición! ¡qué distancia abismal, y no brechtiana, separa al espectador del espectáculo!

Al acusar a Brecht en cierta ocasión de haber "eliminado la pasión" del teatro, el autor repuso que se había limitado a rechazar la idea de que "la pasión lo era todo". Ahí me parece que está el problema de mucho de nuestro teatro didáctico, nacido para decir sencillas verdades políticas que cabían en unas pocas líneas, pero que, por estar prohibidas, había que alumbrar en los escenarios entre claves y complicidades intelectuales. Esto, que tuvo su razón de ser, puede resultar ahora terriblemente empobrecedor si nuestro teatro progresista —por emplear el viejo término, aunque ahora despojado de su carácter "monolítico"— no asume los términos de la condición humana de un modo más existencial y más despegado de la lección política.

Si esto no llega, tendremos, en vez de "un teatro de la izquierda hecho por artistas de la izquierda", sólo un teatro de militantes políticos. Lo cual, cuando otros tipos de acción son posibles y legales, carece de sentido.

El problema es profundo y necesita ser asumido por quienes, lejos de haberse refugiado en un teatro crítico a falta de otras pla-

QUINDO

EL QUE SE ESTA VENDIENDO SENSACIONAL ES EL LP 6537 ESTEREO/MONOJURAL QUE EL SELLO PHONO-DEUTSCH ACABA DE LANZAR AL MERCADO CON MI CONCIERTO BRANDEBURGUÉS N.º 3 EN SOL MAYOR



taformas, sienten el escenario como el medio expresivo de sus ideas, sus incertidumbres y sus pasiones. Si el resultado es revolucionario lo será como una imparable consecuencia y no como el fruto de un apriorismo moral e intelectual. ■ JOSE MONLEON.

ARTE

El "veranillo del membrillo" y las exposiciones de arte

Estos días sin "chicha ni limoná" del final-calendario del verano madrileño, son días vanos, por lo menos en lo que a actividades del arte se refiere. Vanos, digo, como esas avellanas que abrimos con displicencia y al final, en el fondo de su núcleo, no encontramos más que una leve rugosidad inflamable como para decirnos que allí estuvo, pero que ya no está, la "chicha" que buscábamos. Y digo "final-calendario" de nuestro verano, porque, como bien sabemos los que lo soportamos, es ahora, en el "veranillo del membrillo", cuando nos están llegando esos calores que dicen -yo no estuve aquí- que Dios no quiso mandar en su tiempo-calendario. Ahora me acuerdo de cuando, en unas de las etapas de mi viaje reciente, al llegar a Lima, tomé un taxi con mi mujer para ir al hotel. Y cuando, al ver el panorama desde la ventanilla, dije que parecía el tiempo frío, me dijo el taxista: "Aquí, señor, estamos en pleno invierno". Era, aproximadamente, a finales de julio. Y yo pensé: "Qué calor estarán pasando ahora en Madrid". Y luego he sabido que no, que en Madrid tampoco hacía calor.

Yo podría contar ahora algo de lo que he visto en Caracas y en Lima, pero para eso tendría que ordenar mis notas y, no, prefiero darlas algo más adelante. Tampoco puedo darles una visión directa de Cuzco ni de Machu-Picchu, los dos núcleos que más me interesaban del Perú, pero esos núcleos están a una altura que para mí es prohibitiva, pues la cultura incaica que los edificó es una cultura de grandes cumbres... Tuve que esperar en Lima a mi mujer, mientras ella fue a ver esas ciudades...

Pero ya estoy de vuelta en casa. Y ahora lo que me gustaría es comentar brevemente algo de lo que pasa por aquí, en el terreno del arte. Y nada: "Cerrado hasta septiembre"... Menos mal que ya está aquí septiembre y que muy pronto empezaremos a vivir como de costumbre... Hay algo que, a mi entender, es peor que tener cerrado. Es tener abierto con esas "colectivas de artistas de la galería" que tanto se prodigan en estas fechas. Son "colectivas" en donde no es posible ver nada porque, aparte de que todo es caótico, todos destruyen lo de todos por la lógica e inevitable diversidad de estilos y realidades.

Menos mal que para muy pronto -para el próximo día 12- se anuncia la inauguración de la exposición del núcleo inicial de lo que será el Museo de la Resistencia Salvador Allende. Será, sí, una colectiva, pero el argumento de lo que se pretende con la formación de ese museo será ya materia más que suficiente para el comentario. También se habla de otras exposiciones personales -la de Brotat, en Altec, y la de Paluzzi, en la galería grande de Juana Mordó, por ejemplo-, pero eso parece que va para más largo. Por cierto, y a propósito de la galería Juana Mordó... ¿Qué pasa con ella? Dicen que se reduce a su sala grande... Dicen que cierra la de la calle Villanueva... ¿Es posible? Yo lo sentiría, porque una sala de arte como ya es la de Juana Mordó de Villanueva forma parte de los núcleos con los que ya cuenta una cultura. A Madrid le faltaría algo, sin duda, si esa sala llega a faltar del conjunto de las galerías. Esperemos.

Esperemos a que llegues el otoño y las cosas vuelvan a su ser, pero no sólo por eso: por todo. El verano es un paréntesis. A partir del otoño, los gatos dejan de ser pardos. ■ JOSE M.ª MORENO GALVAN.

DISCOS

Herbie Hancock y los viejos tiempos

Herbie Hancock. Un músico de limpia trayectoria que un día decide escapar del circuito del "jazz" para salir a la luz, donde

está el gran público y el gran dólar. Una decisión que justifica con su conversión a cierta secta budista, cuyas enseñanzas le desaconsejan tocar música para minorías. Hancock da el salto con fortuna: se encuentra en las listas de éxito y actuando regu-



Herbie Hancock.

larmente ante decenas de miles de personas, tocando algo que está a caballo entre el "jazz-rock" y la música de discoteca. Ni siquiera tiene reparos -religiosos o políticos- en componer la banda musical para una película como "Death wish", una historieta semifascista con Charles Bronson de vengador que ejecuta a miembros de su raza.

Digámoslo suavemente: Hancock ha perdido casi todo el respeto ganado con su eficaz respaldo de Miles Davis o Eric Dolphy y con su trabajo en solitario, pero su cuenta bancaria le compensa de todas las críticas negativas. Sin embargo, Herbie no es el "jazzman" totalmente prostuido que pintan sus más desilusionados seguidores de los primeros tiempos. La demostración práctica está en ese doble álbum titulado "V.S.O.P." (CBS: 88235) que contiene hora y media de "jazz" excelente y "funk" impecable.

Se trata de una grabación en directo efectuada el pasado año en un concierto especial del Newport Jazz Festival que presentó a Herbie tocando con los tres grupos fundamentales de su carrera. Estos conciertos retrospectivos suelen terminar en espectáculos circenses o farsas donde todos los participantes hacen pocb más que darse palma-

ditas en las espaldas. No ha sido así en esta ocasión.

Las dos primeras caras están dedicadas a la reunión del famoso quinteto de Miles Davis de los años sesenta, con la única particularidad de que Davis es reemplazado por Freddie Hubbard. Después de una introducción de piano solo, donde Herbie presenta su nuevo instrumento -un piano eléctrico Yamaha que se acerca sorprendentemente a la riqueza sonora del tradicional piano de cola-, la banda entra gozosamente en "Maiden voyage" y "Nefertiti", con Wayne Shorter alternando entre el saxo soprano y el tenor. Son versiones maravillosamente frescas y Herbie presenta con superlativos a sus compañeros antes de embarcarse en un tema excepcional que ocupa toda la segunda cara. Ron Carter y Tony Williams se disparan y los solistas recogen el guante de la sección rítmica con una serie de inspirados discursos. La pieza va disminuyendo en intensidad, pero luego recobra vida, y uno tiene la agradable sensación de que esos cinco músicos forman una de las más brillantes combinaciones de la historia moderna del "jazz".

La tercera cara está dedicada al sexteto electrificado que Hancock organizó a principios de los años setenta y que tuvo que licenciar por cuestiones económicas. Es una música etérea y proteica, deudora de las concepciones de Miles Davis contemporáneo ("In a silent way", "Bitches brew"), pero no exenta de un hipnótico atractivo.

Y llegamos al área conflictiva. La cara cuatro está consagrada al actual conjunto de Hancock -con los que visitó España el año pasado- más algunos refuerzos. Aquí debo reconocer que las aventuras "funky" de Hancock no me desagradan: creo que se ha "comercializado" con mucha más honestidad que Donald Byrd y otros antiguos colegas. Tampoco es que el resultado sea plenamente satisfactorio ya que lo que tocan está por debajo de sus posibilidades y tienden a ejecutarlo de forma mecánica. Son ejercicios rítmicos donde no hay mucha posibilidad de expresarse. Simplemente música bailable de alto nivel, pero con tendencia a la monotonía.

"V.S.O.P." es un álbum que plantea muchas cuestiones sobre la trayectoria de Hancock y de los que como él han huido de los depauperados confines del "jazz". Polémicas aparte, es un magnífico muestrario de la irregular obra de un buen teclista y compositor. ■ DIEGO A. MANRIQUE.